

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA FÁBULA MAESTRA

Así, poeta, si en tus fabulillas
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,
prefiero releer al viejo Esopo,
que siendo esclavo levantó al humilde
y castigó del fuerte la soberbia.
Tienes que hacer justicia a nuestra raza
y a cada uno; innúmeros tesoros
de gracia y ciencia te saldrán al paso
si con bondad y amor tu actor estudias,
y revelas sus rasgos exclusivos,
sus defectos y faltas, pues, no ignoras
que la comparación es gran criterio...
Luego, los vicios colectivos saltan
a los ojos de un ciego, si se exponen
sin miedo y con verdad; que la censura
airada y páfida del aludido
no es "Voz de Dios", sino amenaza ficta
que atemoriza al ánimo cobarde,
pero se inclina ante el probado acero.
Siempre es joven la fábula, interesa
al niño y al anciano por razones
idénticas; si envuelta en bello estilo
por personajes propios, la doctrina
surge espontánea de la acción, entonces,
irá más hondo en la ávida conciencia
del escolar, quien, por seguro instinto,
resiste todo lo que sabe a dogma.
¡Ah! el más grave mal de los maestros

es ignorar del niño la potencia
sensitiva y mental, con que aparece
en el mundo provisto, y el acervo
acumulado de ancestral origen;
y las revelaciones de los ojos,
las confidencias del acorde ambiente,
la caricia primera de la madre
que el ritmo humano de su vida imprime,
y el primer beso de la luz, que sella
la comunión universal de su alma...
¡Y enseña que te enseña, y amontona
fórmulas sobre fórmulas sin vida!
Entretanto, el espíritu del niño,
como el torrente subterráneo, corre
libre, espontáneo, férvido, impetuoso,
fecundando los campos de su mente,
hasta el día feliz en que el andamio
inútil de la escuela se desploma.
Es preciso que el niño algo descubra
por sí y su solo esfuerzo, como hacemos
nosotros en el aire; ¿quién en el canto
nos da lecciones con horario fijo,
y sujeta a medidas los impulsos
de nuestro genio?
-¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices
de la Calandria pedagoga, goga,
goga, que nunca presencié una clase
sino de canto libre aquí en las peñas?
Pero te engaño, porque he conocido
las maestras de una escuela de aquel pueblo,
hoscas, malhumoradas, tercas, duras,
con los pobres chiquillos que pedían
caricias y lecciones maternas,
como las que nosotras, las calandrias,
damos a nuestros chicos, con los picos,
con la unción amorosa que hace fuego
da nada, en la ceniza, en las escorias,
donde el amor chorros de ciencia extrae,
porque es amor y nada más...

**La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta
Ortíz.**



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA FÁBULA MAESTRA

Así, poeta, si en tus fabulillas
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,
prefiero releer al viejo Esopo,
que siendo esclavo levantó al humilde
y castigó del fuerte la soberbia.
Tienes que hacer justicia a nuestra raza
y a cada uno; innúmeros tesoros
de gracia y ciencia te saldrán al paso
si con bondad y amor tu actor estudias,
y revelas sus rasgos exclusivos,
sus defectos y faltas, pues, no ignoras
que la comparación es gran criterio...
Luego, los vicios colectivos saltan
a los ojos de un ciego, si se exponen
sin miedo y con verdad; que la censura
airada y pérfida del aludido
no es “Voz de Dios”, sino amenaza ficta

que atemoriza al ánimo cobarde,
pero se inclina ante el probado acero.
Siempre es joven la fábula, interesa
al niño y al anciano por razones
idénticas; si envuelta en bello estilo
por personajes propios, la doctrina
surge espontánea de la acción, entonces,
irá más hondo en la ávida conciencia
del escolar, quien, por seguro instinto,
resiste todo lo que sabe a dogma.
¡Ah! el más grave mal de los maestros
es ignorar del niño la potencia
sensitiva y mental, con que aparece
en el mundo provisto, y el acervo
acumulado de ancestral origen;
y las revelaciones de los ojos,
las confidencias del acorde ambiente,
la caricia primera de la madre
que el ritmo humano de su vida imprime,
y el primer beso de la luz, que sella
la comunión universal de su alma...
¡Y enseña que te enseña, y amontona
fórmulas sobre fórmulas sin vida!
Entretanto, el espíritu del niño,
como el torrente subterráneo, corre
libre, espontáneo, férvido, impetuoso,
fecundando los campos de su mente,
hasta el día feliz en que el andamio
inútil de la escuela se desploma.
Es preciso que el niño algo descubra
por sí y su solo esfuerzo, como hacemos
nosotros en el aire; ¿quién en el canto
nos da lecciones con horario fijo,
y sujeta a medidas los impulsos
de nuestro genio?
-¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices
de la Calandria pedagoga, goga,
goga, que nunca presencié una clase
sino de canto libre aquí en las peñas?
Pero te engaño, porque he conocido
las maestras de una escuela de aquel pueblo,
hoscas, malhumoradas, tercas, duras,
con los pobres chiquillos que pedían

caricias y lecciones maternas,
como las que nosotras, las calandrias,
damos a nuestros chicos, con los picos,
con la unción amorosa que hace fuego
da nada, en la ceniza, en las escorias,
donde el amor chorros de ciencia extrae,
porque es amor y nada más...

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

